

críticas de *La Vida Nueva* (Visor, 2008)

Premio Nacional de la Crítica 2008
VI Premio de Poesía «Fray Luis de León»

Eduardo García

...uno de los poetas más importantes del territorio español de los últimos veinte años.

Miguel García Posada

Declaraciones con motivo de la concesión
del Premio Nacional de la Crítica (Abril de 2009)

Dantiano y entusiasta

Eduardo Moga

La vida nueva, de Eduardo García (São Paulo, 1965), remite explícitamente a la primera obra conocida de Dante Alighieri, *Vita nuova*, escrita a finales del siglo XIII, en la que el florentino refiere la transformación vital que ha experimentado por su amor a Beatriz. Una transformación semejante relata el autor hispano-brasileño en su poemario, ganador del VI Premio de Poesía Fray Luis de León, aunque no vinculada a un amor individual —o, por lo menos, no sólo a él—, sino a un proceso existencial, que puede situarse —por utilizar otra cita de Dante— «nel mezzo dil camin da sua vita».

El viaje en el que está embarcado el poeta, y al que nos invita desde el primer poema del libro, es el viaje de la vida. Sus metáforas itinerantes tienen por objeto al agua, símbolo de la fertilidad y el infinito, y una de las formas clásicas de representar la existencia, desde la *Odisea* de Homero hasta *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. El poeta emprende la aventura y, luego, avanza, nada, navega: persiste en la osadía de ser. Su arrojo, sin embargo, no es temerario, sino que rebosa de entusiasmo. Lo mueve el ansia de renovación, como revela el principio, pedregoso de aliteraciones, de «Ritual de la llama»: «Desnúdate el hastío, la costumbre./ Limpia tu piel en un amanecer./ Arráncate la niebla, la ciénaga sin cauce./ Espera a que el torrente arrastre la impureza». En efecto, el agua, además de simbolizar nuestro tránsito, lava: purifica, igual que la poda, y así se titula —«La poda»— el poema que inaugura la segunda sección del libro, «Resplandor». El agua se ramifica en ríos y mareas, en manantiales y pozos, en «lluvias y llantos y llamas»: en metáforas de la germinación, que se alían con otras, terrosas y vegetales: semillas, raíces, savias. Todo son formas del nacimiento: mutaciones de la realidad, que acrecen la realidad, que la vivifican con luz y con sangre. También el fuego y sus motivos subordinados — el arder, la hoguera, la llama— se erigen en símbolo de la pasión: del mismo impulso que alienta en las fuentes y los océanos; también ellos, como el agua, representan la intensidad de la vida, tanto más alta cuanto mayor sea su combustión. Un optimismo encendido recorre *La vida nueva*: el poeta cree en su capacidad de transformación, y

afirma su voluntad de mudar: no en otro, sino en sí mismo, más hondo y verdadero. El optimismo conduce al canto, más aún, a la exultación: «me crezco en el goce de estar vivo,/ derrochando mis fuerzas sin medida/ a la caza y captura del instante,/ en la más alta cumbre del latido,/ donde me aguarda el resplandor», leemos en «Claroscuro».

La confianza de Eduardo García no se ciñe sólo al presente, sino que también se proyecta en el futuro; y le permite soñar despierto, esto es, embarcarse en otro trayecto vital, compuesto de alegrías y fabulaciones, que le recuerdan su condición etérea, la fuerza ascensional de su imaginación. Esta trepidación entusiasta se vehicula mediante un simbolismo brioso, pero nunca inmoderado, y un irracionalismo sutil —a dos de cuyos mayores adalides, Apollinaire y Breton, ofrece el homenaje de sendas citas—. La acumulación acelerativa refleja con acierto el júbilo del sentir y del decir. También la escasez de puntos —o incluso la ausencia de signos de puntuación, uno de los rasgos canónicos de la vanguardia— genera yuxtaposiciones jadeantes, como acredita el inicio de «El vacío y el centro»: «Pero en nombre de quién decir soy yo/ esta mi sangre y estas mis razones/ el pulso de mi voz este es mi aliento/ qué grieta compartir con un desconocido...». El lenguaje de *La vida nueva* —y, en general, de toda la poesía de Eduardo García—, bruñido y exacto, conjuga la precisión denotativa con el arrebató analógico y el vislumbre visionario. También las formas acogen, en su pluralidad, opciones clásicas —sonetos, endecasílabos, alejandrinos— y mecanismos modernos, como el versículo extenso, apto para el flujo meditativo y el caracoleo sintáctico, como se advierte en «Aniversario», construido con una única y dilatada anáfora.

Esta convivencia respetuosa de modos figurativos y surreales caracteriza, desde *Las cartas marcadas*, la obra de Eduardo García, uno de los pocos poetas españoles de su generación que ha sabido sustraerse a la estéril polarización entre realistas y experimentales, y que ha fundido en sus versos, en una síntesis ejemplar, lo mejor de ambas corrientes. *La vida nueva* no desprecia el detalle menudo, la algarabía de los objetos, el diorama multiforme de la realidad, pero renuncia sabiamente a la anécdota: a eso tan perezoso del hecho por el hecho, de lo nimio por lo nimio. Su poemario alberga, junto a un anclaje sólido en lo que podemos convenir que es el mundo, una voluntad cósmica: un anhelo por que el mundo acoja —y materialice— los hervores de la conciencia. El yo se multiplica y encarna, pánicamente, en la realidad natural. Ambos, fundidos en un abrazo constituido por espasmos y fulgores, se proyectan en el universo. Pero no lo hacen sin conflicto. El yo, ese mismo yo arrojado a la conquista de la plenitud, ha de librarse de su peso ominoso, de cuanto lo sujeta al barro, de la falsedad.

La tercera sección, «Romper aguas», documenta la desazón existencial que se experimenta en el proceso de transformación y convoca símbolos dolorosos, que remiten a la mentira y al vacío: la máscara, la carcoma, la oquedad, el dolor. En «Cáscara», la enumeración patética del inicio se remata con una de las muchas paradojas del poemario, que consiste en negar aquello mismo que acaba de afirmarse, como también hace Eugenio Montejó: «Hablo desde la cáscara, ya al borde/ del resquebrajamiento: toco, llamo/ y un hueco me responde, nada, nadie,/ el huevo malogrado, la cáscara vacía,/ la voz que ya no alcanza merodea/ como un temblor de

tierra suspendido/ sin tierra y sin temblor...». También el yo está plagado de grietas: es un hueco que avanza entre las cosas, incólume en su vaciedad; es una hendidura que funge de proa en el mar incomprensible de la realidad. Esta misma sección y, en general, la segunda mitad del poemario abunda en honduras que remiten a la muerte: fosas, abismos, escombros. La oscuridad —no en la dicción, siempre luminosa, sino en los temas— se enseñorea de los versos, pero no sólo la oscuridad de lo subterráneo, sino también de lo entrañado: la de la sangre, la del parto. La mirada del poeta se vuelve interior, y en esa mirada, órfica, cohabitan llamas, sombras, sal. En el yo vive la noche, y por sus tinieblas bucea el poeta, en busca de la otra orilla, del otro lado, como han hecho siempre los espíritus levantiscos y las voces inquisitivas, acaso con el propósito de sembrarlas de nuevos nacimientos. El amor lo acompaña, sin duda, y le permite, en ocasiones, disolver el yo, ese fatigoso entramado de ausencias y estallidos: «Algo viene a volarnos las entrañas:/ desalojando el hueco,/ sellando/ la fractura.// Al amarte hoy a ti cerco el origen:/ la grieta donde manan/ las ascuas/ de la vida», leemos en «El amor traza círculos concéntricos».

Pero, tras la oscuridad, se regresa a la vida, y amanece. El itinerario interior resulta en un nuevo ímpetu, en un renacido palpar. *La vida nueva* celebra el milagro de la esperanza sin éxtasis ni blanduras, con un lenguaje ceñido y resonante, de elegancias clásicas y atrevimientos actuales.

TURIA

abril de 2009

Renacimiento

Luis García Jambrina

La vida nueva supone un giro en la trayectoria poética de Eduardo García (1965), formada por *Las cartas marcadas* (1995), *No se trata de un juego* (1998), *Horizonte o frontera* (2003) y *Refutación de la elegía* (2006). Como bien apunta el autor en una poética reciente y sugiere el propio título del libro, de gran prosapia literaria, se trata del «relato de un renacimiento». Organizado en cinco partes, precedidas de un poema prólogo, en él asistimos a un proceso de transformación interior; no es un proceso unitario ni lineal ni lógico, como correspondería a un sujeto poético tradicional, sino múltiple, dinámico y simbólico, como corresponde a un sujeto fragmentado contemporáneo. Esto explica esa variedad de tonos, formas y registros que encontramos en el libro y que da lugar a eso que podríamos denominar su fractura estética, equivalente a la escisión o quiebra del yo lírico.

Así pues, este libro no nos muestra sólo el resultado de una crisis (entendida aquí, claro está, como mutación y cambio), sino también la crisis misma en todo su desarrollo y complejidad. De ahí que sus cinco partes sean, a la vez, cinco momentos y cinco núcleos de sentido. En la primera, se plantea la necesidad del «viaje», la huida del hastío y la costumbre, la fuga «hacia otra parte». Después, nos habla de la lucha contra los miedos que nos atenazan y nos impiden buscar el «resplandor». En la tercera, «Romper aguas», vemos cómo, para nacer de nuevo, hay que desprenderse

de las «máscaras» que ocultan, romper las «cáscaras» vacías, sufrir dolores de parto o descender a los infiernos, para retornar luego a la verdadera claridad. En «Amanece», se abre paso la luz, comienza el «vuelo». Por último, en «La vida nueva» culmina el proceso, que se cierra con uno de los poemas más bellos del libro, una especie de manifiesto («soñar despiertos siempre / para no renunciar al entusiasmo / y que el hombre no olvide su vocación de nube el súbito / resplandor incendiando su mirada / alfarero del mundo comadrona / que asiste al parto de sus propios sueños»).

Pero lo más importante es que, en paralelo a este proceso vital y existencial, hay también un intento de renovación formal, de búsqueda de un nuevo lenguaje, aunque sólo sea a través de la reinvención y la actualización de viejos símbolos o de la vuelta a una tradición que había sido vedada u olvidada. Porque no puede haber una *vida nueva* -es decir, creadora- si no hay una *poesía nueva* -esto es, vitalista-. En una palabra: *renacimiento*.

ABCD LAS ARTES Y LAS LETRAS

21-27 de junio de 2008

La vida nueva

Antonio Luis Ginés

«La voz del poeta da un giro, pero no sólo de palabra, sino de hecho. Se percibe un tono más profundo, poemas de más carga.»

Pocas veces hallamos un poemario que rebose este optimismo sin falsas euforias ni poses circunstanciales, sino como resultado de un proceso vivencial, de una experiencia y una meditación, de un análisis profundo que da lugar a este poemario, de visión positiva de lo vital, dejándonos esta actitud contagiosa ante los días que aún nos toca vivir. Ya en el anterior libro de Eduardo García –en el 2003- *Horizonte o frontera* con el que se alzó con el VII Premio Internacional de Poesía Antonio Machado en Baeza, mostraba que la línea trazada por este autor se consolidaba sin fisuras. Sus dos primeros libros también vieron la luz tras alzarse con sendos premios, respectivamente -Ciudad de Leganés y Juan Ramón Jiménez-, además del Premio “Ojo Crítico” de Radio Nacional de España también por su segundo libro. Con este nuevo poemario, *La vida nueva*, Eduardo García se alzó ganador (“ex aequo” con el libro de Manuel Vilas) del VI Premio de Poesía “Fray Luis de León”, convocado por la Diputación de Cuenca.

La vida nueva nos sirve para refrendar una trayectoria, pero además para tener constancia de que se produce un giro significativo –intencionado- en la bibliografía de Eduardo García. Muy probablemente el título no sea decorativo ni producto del azar, sino que ya desde éste se plantea toda una serie de indicios e intenciones que el interior del poemario confirma a medida que avanzamos por sus páginas. El planteamiento de salida ya es de largo alcance, “ambicioso” (sin tono peyorativo), dispuesto a romper la dinámica establecida de los poemarios que en su inmensa mayoría nos llegan.

Lo Mágico

Lo etéreo, lo mágico, se eleva en este libro de García hasta cotas antes no conocidas en su poesía. Ahora no hay una frontera clara entre lo racional y lo irracional, entre el sentimiento y el pensamiento. Todo es de un extraño, difuso – intencionadamente- terreno en el que hay que saber manejarse sin perderse, saber bien donde se pisa, aunque parezca que bajo los pies sólo hay niebla. Pero García traza la línea poética precisa, esa que funde ambos planos en una voz natural, sin imposturas, más creíble si cabe por ese pulso encendido, humano, de la voz. Hallamos un equilibrio entre los dos polos del individuo, de la vida, el ying y el yang, y esa contradicción que la voz manifiesta – que es lo que le da sentido- se irá esclareciendo hacia el final del poemario. En los poemas en los que se da –sobre todo en la primera parte, aunque no son los únicos- una mayor profusión en lo lírico, la pulsión que antes apenas habíamos vislumbrado adquiere una nueva dimensión en la obra de este autor. Por ello será frecuente que el lector descubra diferentes registros, según el estado de la voz que canta y cuenta. Desde este punto de vista hay una aventura y es como la vida misma con distintas frecuencias en el encefalograma. Ello nos previene de que no hallaremos un bloque homogéneo -en este aspecto- al que quizás nos tenía acostumbrados en anteriores trabajos; la apuesta es bien distinta e intencionada por parte del autor, más arriesgada si cabe en el trazado, y por ello más meritoria, no tanto arriesgada en el acabado de los poemas o en su desarrollo, -en eso Eduardo García es el de siempre, no suele dejar lugar a los resquicios, con más tablas y más chispa, en parte provocada por ese pulso lírico que adquiere un vigor propio dentro del poema-.

Asistimos a una bajada a los infiernos, tocar fondo para realizar después el camino inverso y traer otro brillo en los ojos, otra luz, itinerario al que asistimos al ir atravesando las distintas partes del libro. Esa mutación se produce en la voz que está detrás, y lo comparte con quién está al otro lado en una complicidad que nos va ganando. Menos distanciamiento y más implicación, lo que conlleva mayor proximidad de la voz.

En la primera parte, “Invitación al viaje”, prevalecen las ganas por salir a flote, por vivir, y se muestra esa lucha, ese vitalismo que aún está por estallar, pero cuya latencia es visible. Los poemas más inusuales de este autor (Lianas, La paz de las mareas, Casa en el árbol, etc) nos sorprenderán por esa pulsión, esa ausencia de retórica –presente en todo el poemario- que conducen hacia otras profundidades: las del ser humano.

En la segunda parte, “Resplandor”, hallamos los claroscuros de la voz, sumergida aún más en zonas difusas, pero emergiendo hacia la luz, abandonando el reino de las sombras, y ese vitalismo que ya daba muestras en la primera parte, aquí va tomando cuerpo, relieve, hasta que en la tercera parte se produce el parto, ese alumbramiento, ese quitarse la máscara y quedarse desnudo. Vivir es doloroso, pero la voz no renuncia al dolor, no se esconde, sino que lo asume y sigue hacia delante, de alguna forma renace de sus propias cenizas: “Atravesar la oscuridad / por amor a la luz. Abrir los ojos / hasta colmarlos de tinieblas.”

En la cuarta parte, “Amanece”, ese resurgir toma cuerpo y las luces van ganando a

las sombras y el amor y la vida ganan, vencen pese a todo. Aunque la lucha continúa, quedan huecos y ausencias de ese sujeto cuya fragmentación forma parte del trayecto, pero las presencias son más fuertes -como en el poema Aniversario-, suficientes como para dar razón a toda una existencia que en la balanza tiene más que ofrecernos que quitarnos. Y cerrando este libro el poema “Para no renunciar al entusiasmo”, toda una invitación –y bandera- a seguir soñando como una forma de vivir intensamente, compendio de ese espíritu renovado que García nos ofrece.

La voz de Eduardo García da un giro, pero no sólo de palabra, sino sobre todo de hecho. Percibimos un tono más profundo, poemas de más carga en los que el autor ha soltado la mano en una implicación directa, hacia un lector sin prisas y con ganas de dejarse arrastrar, marcando ese itinerario en busca de nuevos senderos que tan intenso rastro dejan.

DIARIO CORDOBA, CUADERNOS DEL SUR,
19 de junio del 2008

Viaje interior hacia la luz

Javier Lostalé

El lenguaje poético con su carácter deslimitador, abierto a las zonas más abisales del ser, capaz de borrar fronteras entre la razón y lo irracional, entre lo real y la fantasía, entre lo consciente y lo inconsciente, puede relacionarse de un modo natural, sin perder ninguno de sus elementos constitutivos -entre los que destaca la tensión emocional-, con la filosofía, la ciencia y la psicología, siempre que exista un poeta verdadero entregado a las palabras y su poder de revelación, conocedor de su oficio y dotado de una fecundante imaginación. Cualidades todas predicables del autor cordobés Eduardo García que, cinco años después de la publicación de *Horizonte o frontera* (Premio Internacional de Poesía Antonio Machado en Baeza), y tras su reciente *Refutación de la elegía*, ha alumbrado el poemario *La vida nueva*, galardonado con el último premio Fray Luis de León.

Digo alumbrado más allá del hecho de su aparición, porque este libro es un renacimiento, un viaje interior hacia la luz de un sujeto inmerso en un proceso psicológico que, en algún momento, es un descenso a los infiernos, tras el que late la sombra de Dante, para ascender después a una “vida nueva” plena de entusiasmo y engendradora de una vigilia permanente poseída por los sueños: “*porque podemos esculpir la vida verdadera /... / soñar despiertos siempre / para no renunciar al entusiasmo / y que el hombre no olvide su vocación de nube el súbito / resplandor incendiando su mirada / alfarero del mundo comadrona / que asiste al parto de sus propios sueños*”.

El camino que nos conduce a este final de fulgor y libertad generador de un horizonte de advenimientos en el lector, se sigue como un relato con distinto pulso, al que corresponde también una diferente modulación lingüística, en el que el Deseo es una radiación sostenida entre el cielo y el abismo por el que atraviesa el protagonista

(sin duda el propio Eduardo García), suelo y techo firme para alcanzar la resurrección: “Y prometo también a la deriva / arrojarme al encuentro del don inesperado / y al cruzar las fronteras prometo confiar / a ciegas en la flecha / del deseo”.

Y junto al Deseo, la Falta, su otra cara –como dice el poeta- y el Hueco -lleno de lo que todavía no es, unas veces; respiración de un alma, o sólo fisura, otras- nuclea *La vida nueva*, donde hay dos escenarios íntimos principales: el que corresponde a las partes “Resplandor” y “Amanecer”, consumado en “La vida nueva”, y el representado por “Romper aguas”. En el primero de los escenarios, precedido de una “Invitación al viaje” en búsqueda del renacer, hay una respuesta a la llamada total de la vida desde la conciencia de lo que falta: “Yo sólo vine a ver brotar/ mi casa en el desierto”, y una presencia, la de la amada, catalizadora de espacios y tiempos, de palabras y silencios, nutriente del origen: “Al amarte hoy a ti cerco el origen: / la grieta donde manan / las ascuas / de la vida”. Y en el segundo de los escenarios, “Romper aguas”, situado en el centro del libro, como una caída entre dos vuelos, se transparenta la fragmentación del ser, la pérdida hasta el poso, el precipicio, pero sin borrar el alba del retorno, aunque sea con “esa luz malherida/ de los supervivientes”.

En resumen, los que acompañen en este viaje interior a Eduardo García sentirán que algo amanece también en ellos y comprobarán la altitud de un poeta que les será necesario siempre.

MERCURIO, nº 102, junio-julio 2008

Eduardo García o la pasión del conocimiento

María Rosal

Es Eduardo García una de las más personales y significativas voces poéticas contemporáneas, tal y como apuntábamos en *Córdoba espacio poético* (Rosal, 2006). Desde que en 1995 nos ofreciera *Las cartas marcadas* hemos asistido a otras fundamentales entregas poéticas que han ido enriqueciendo sus personales visiones de la vida y la poesía, esa *poética del límite* a la que alude en uno de sus más importantes ensayos. Efectivamente, *No se trata de un juego* aparece en 1998, año en el que obtiene el Premio Hispanoamericano de Poesía «Juan Ramón Jiménez» y el Premio «Ojo Crítico» al mejor libro de joven poesía del año. Años más tarde, llegaría *Horizonte o frontera* (Hiperión, 2003), un nuevo poemario avalado por el Premio Internacional de Poesía «Antonio Machado en Baeza». *Refutación de la elegía* es otra de sus títulos recientes, en 2006.

Profesor de filosofía, especialista en Estética, nos ha brindado también importantes reflexiones sobre el fenómeno poético: desde *Escribir un poema* a *Una poética del límite*, en los que encontramos profundas e inusuales reflexiones sobre la escritura que encuentran eco necesario en las aulas de didáctica de la literatura y son un inexcusable documento y ejemplo para quien pretenda ser poeta desde la seriedad y el conocimiento y no desde el apresuramiento y el escaparate vacío, aunque sonoro,

al que con frecuencia asistimos. Porque un poeta crece, busca, renace en cada libro y de ello nos da buena muestra Eduardo García.

La vida nueva es un completo e impresionante poemario en el que la reflexión y el vitalismo se aúnan en la interrogación moral de nuestro tiempo. Son treinta y cinco poemas distribuidos en cinco partes de elocuentes títulos: “Invitación al viaje”, “Resplandor”, “Romper aguas”, “Amanece” y el último de ellos, que da título al libro: “La vida nueva”. Cinco cantos al renacer, pero no como el ave fénix, no desde las cenizas y el estupor, sino desde los fundamentados cimientos que podemos rastrear en sus obras anteriores y desde la autoconciencia de una nueva construcción de la identidad. Y todo ello con la pasión que da el conocimiento.

La vida que nos presenta Eduardo García no elude la existencia fragmentaria e inasible de la posmodernidad. Muy al contrario, el poeta, hombre de su tiempo, conoce y reconoce bien los signos: “*Llamamos vida / a un desfile de dígitos cansados*”. Pero el autor evita situarse en el lamento, como parece lógico esperar de quien escribiera *Refutación de la elegía*. El poeta, que parte de la asunción y el reconocimiento del caos como paisaje ineludible, escribe desde la conciencia personal del ciudadano que habita un mundo en conflicto, pero que es capaz de encontrar entre los fragmentos sus señas de identidad y de elegir/construir su propio rumbo: “*pero abundan los cruces de caminos cuando menos lo esperas amanece / los hombres vagan a su antojo...*”

En este mundo deshabitado a pesar del bullicio, en esta paradójica “*cárcel de cristal / sin cerradura*” el sujeto poético contemporáneo acaba desechando los instrumentos de orientación al uso, asumiendo su débil posición inerme. Y es ahí, desde el conocimiento de la realidad vital, donde opera para cimentar con nuevos “ladrillos” a veces incluso con los mismos, ese renovado y nutricia creación que será *La vida nueva*.

*El viajero termina por arrojar al fuego la brújula y los
mapas
confiando sus pasos al instinto se interna en la espesura*

El sujeto poético se presenta en su dualidad desde la “Invitación al viaje”, poema en el que resuenan ecos de sus libros anteriores, especialmente de *No se trata de un juego*. Los juegos fronterizos, los equívocos, la realidad y su espejo, quizás la realidad y el deseo, la dualidad del ser o la multiplicidad del yo cobran nueva conciencia. Si allí podíamos leer:

*Al descubrir su cara lo comprendo.
Yo soy mi cazador, yo soy la presa;
yo soy quien me sonrío en la penumbra.
Nos separa un papel y sin embargo
no podré cruzar nunca ese desierto.*

Ahora la invitación al viaje nos ofrece nuevos recodos en los que buscar y encontrarse:

*Lo más urgente es encontrar
un charco de agua clara
en donde se reflejen nuestros rasgos*

Pero el agua, esquivada e inaprensible, es como en libros anteriores, límite y frontera, espejo y atajo:

*Para evitar intrusos
hay que dejar caer durante el salto
con delicada precisión
el charco en su abertura*

*Nada impide al viajero
fugarse por el hueco hacia otra parte.*

Eduardo García se presenta desde un vitalismo intimista que rompe los cauces y se desborda en imágenes poderosas, constituyendo así el oficio de poeta en la representación más exacta del *oficio de vivir*:

*Absorto en el oficio de ser hombre
también yo ahueco tierra pecho adentro,
arranco las raíces, podo la vieja rama,
arrojo al fuego el miedo y la costumbre:
voy talando la muerte en mi camino [...]*

Si bien en las palabras *límite, horizonte, frontera*, reconocemos fundamentales resortes de amplios ecos en la poética de Eduardo García, a la insistencia en el límite se incorpora ahora una nueva mirada: *hueco, claroscuro, orillas*. Así el sujeto poético se mece en la difícil linde de estar vivo, en el severo borde del que emerge finalmente victorioso.

*Porque conozco el miedo y a menudo
extravía mis pasos, pierdo pie
y me roe el absurdo las orillas
[...]
Y me crezco en el goce de estar vivo [...]*

Y cómo no, el juego de máscaras es ineludible desde esta posición y se sitúa en el centro mismo del poemario, en la parte titulada "Romper aguas", que connota nacimiento o renacimiento. En los poemas de esta parte la invitación al viaje, que no deja de tener una vertiente de invitación al juego, a la mirada cómplice, a veces a un

juego de espejos, se acentúa desde la paronomasia presente en los títulos: “La máscara” y “Cáscara” y el discurso evoluciona desde el “yo no soy quien tú crees / contemplas una máscara de acero” a

*Hablo desde la cáscara, ya al borde
del resquebrajamiento: toco, llamo
y un hueco me responde, nada, nadie,
el huevo malogrado, la cáscara vacía [...]*

De esta manera, el poema avanza y conecta de nuevo con el titulado “La máscara”:

*Se insinúan al fondo, en el reverso
de la cáscara: grietas
en la máscara.*

Hermosas imágenes en su construcción y en su pensamiento las que encontramos en los versos de otro de los poemas más significativos: “La carcoma”.

*Se ha instalado en mi vida la carcoma.
Se encuentra, entre mis cosas, en su casa.
[...]
Ha vencido, por fin, no acepta tratos.
Quiere mi corazón en su salmuera.*

Pero no vence la carcoma, como no vence la elegía. Estamos ante un libro profundamente vitalista en el que asoma también con energía creadora el poeta del amor en poemas tremendamente actuales. Es el amor maduro, sereno y profundo que no olvida el juego y que tiene presente a esa musa de a pie, sin falsos idealismos, a la mujer de carne y hueso que cantara en poemas anteriores y que ahora se hace presente en “Física aplicada” o en “Aniversario”: “Te regalo mis ganas de vivir, de quedarme a tu lado para siempre”.

Y a pesar de ello, la vida nueva no se conquista sin la búsqueda diaria y tenaz, no exenta de sufrimiento. “Parirás con dolor”, repite el poeta renombrando el Génesis: “Parirás con dolor en carne viva / la vida que vendrá”.

Porque “nadie escoge su herida”, el canto del poeta se vuelve duro y certero. Las imágenes brotan acordes en incesante estruendo: *Enjambre de plomo, lunas rotas, cuero mutilado*, hasta desembocar en “esta espina atascada en el cielo de la boca”. Aunque, a pesar de la dura travesía, el poemario culmina felizmente con el optimismo de quien ha crecido a pesar del dolor de las articulaciones y se sabe partícipe y artífice de su propia andadura vital:

*Soñar despiertos siempre
para no renunciar al entusiasmo
y que el hombre no olvide su vocación de nube el súbito*

*resplandor incendiando su mirada
alfarero del mundo comadrona
que asiste al parto de sus propios sueños.*

Estos son los versos finales de *La vida nueva*, versos que entendemos no aparecen de manera casual ni gratuita en ese lugar. Muy al contrario, para quienes hemos seguido la obra poética de Eduardo García, sus reflexiones poéticas y sus libros de ensayo, sabemos que nada es casual en sus poemarios, sino que obedecen al meditado equilibrio del poeta que conoce su oficio, tiene algo que decir y sabe decirlo. De este modo, los versos finales del libro vienen a confirmar el perfil profundamente humano y vital de su autor quien, según nos dice, con este libro “celebra la posibilidad de una transformación personal, de un renacimiento interior”.

Sea pues bienvenida *La vida nueva*, esta nueva entrega poética de Eduardo García.

LA MANZANA POÉTICA, Invierno 2009

***La vida nueva*, de Eduardo García**

José Ángel Cilleruelo

El camino hacia *La vida nueva*, que evoca el libro en el que Dante propuso el amor como vía de trascendencia, lo sitúa Eduardo García (1965) “en un charco de agua clara”, al otro lado del cual “Nada impide al viajero / fugarse por el hueco hacia otra parte”. Y esa es la intención de este libro que, tras retratar el dolor de la vida con la metáfora del parto (“parirás con dolor en carne viva / la vida que vendrá”), lanza su propuesta –vitalista, soñadora (“Soñar despiertos siempre”), liberadora– para la comprensión poética del vivir.

EL CIERVO, nº 688–9, julio-agosto 2008